

# Miscelánea

## Cien años de historia y de vida

*Conferencia pronunciada el día 20 de mayo de 1984, en la Sala de Cultura de Valencia de Don Juan, con motivo del primer Centenario del Colegio Apostólico de PP. Agustinos*

POR

TEÓFILO APARICIO LÓPEZ

### 1. *Añoranzas y recuerdos*

Como ha dejado insinuar el presentador, compañero, amigo y hermano, yo me formé y estudié lo que entonces se llamaba *Humanidades* a la sombra del colegio que hoy cumple cien años de historia y de vida, el colegio apostólico de Valencia de Don Juan.

Y su huella ha sido, de verdad, imborrable. Aquellos días no eran los de ahora y el colegio ha cambiado mucho desde entonces. Eran los primeros días del otoño de 1939, recién terminada la guerra civil española. Recuerdo que la primera persona a quien saludé fue a un hombre alto y fuerte, el cual había pasado la contienda en el frente de batalla. Se llamaba Fray Benito Mancebo. Aquel hombre ya no vive entre nosotros; pero vive imborrable su recuerdo en mi memoria porque, apenas pasados tres días, yo me acordaba mucho de mis padres y de la mesa sencilla, pero bien abastecida, de mi casa. Decidido a marcharme, subí rápido las escaleras de la antigua rectoral, ocupada entonces por el benémerito P. Francisco Aymerich. Fray Benito Mancebo me salió al paso. Me habló de la guerra, en la que había estado a punto de perder la vida. A su modo, me hizo ver lo que significaba la vida religiosa y el sacerdocio católico y me convenció para que me quedara. Mi padre fue avisado de que no viniera a buscarme, y aquel buen hombre, castellano recio, trabajador y bueno como

los de su tierra, tuvo que devolver el billete de tren que ya había sacado hasta Valladolid.

Eran aquellos los duros días de la postguerra; los días del hambre y del estraperlo; los días en los que las industrias y la estrategia de los superiores para que a los colegiales no les faltara un plato de alubias eran dignas de *Rinconete y Cortadillo*.

Eran también los días alegres «de campo»; con el baño en el río Esla, el bocadillo de chorizo, las zarzamoras, las endrinas de Bracas y el tallo fino, joven y flexible que nos traíamos todos bajo el brazo para convertirlo en *raqueta*.

Eran los días ilusionados y también tensos del estudio del latín, que nos hacían traducir sin diccionario alguno la *Epístola ad Pisones*, de Horacio; la *Eneida*, de Virgilio; las *Pónticas*, de Ovidio, y las *Décadas* de Tito Livio.

Eran los días hermosos, solemnes, de la fiesta de San Agustín, y la novena de Nuestra Señora de la Consolación, con la Misa de *Perosi*, en la que nunca faltaban las voces del citado P. Aymerich y de los bondadosos don Luis Alonso González y de su hermano don Eulogio.

## 2. La hidalga, noble y señorial Coyanza

Todas estas cosas —pequeñas cosas, pequeña historia de un colegio apostólico— ocurrían en el marco local y acogedor de la villa de Valencia de don Juan, la antigua Coyanza. Salir entonces del colegio a la histórica villa; asistir a los cultos solemnes de la parroquia; al pintoresco espectáculo de los célebres y graciosos «danzantes» en la fiesta de San Pedro —«el de las manos rojas»—, con el más gracioso y pintoresco «birria» delante, que alentaba a sus mozos con la vara en alto y con el grito fuerte de «¡leña!»...; todo esto era, para los aspirantes a agustinos, algo así como el sueño de la víspera y el recuerdo gozoso de la tarde en el recreo, paseando por el jardín interior.

Valencia de Don Juan —la histórica villa del antiguo reino leonés—, me parecía a mí entonces algo grande. Pero qué lejos estaba yo en aquella mi primera andadura por los caminos de las letras de saber que esta vieja villa leonesa tenía un rico historial dentro del citado reino y de la España medieval. Desde mi ventana —desde la ventana del dormitorio común—, contemplaba el viejo castillo gótico. Yo no conocía entonces a Quevedo. Hoy, que le conozco, pudiera recitarle aquel espléndido soneto, que más de uno de los presentes conoceréis:

«Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
de la carrera de la edad cansados

por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía  
los arroyos, del hielo desatados,  
y del monte quejosos los ganados,  
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,  
de anciana habitación era despojos;  
mi báculo, más corvo y menos fuerte,  
vencida de la edad sentí mi espada.

Y no hallé cosa en que poner los ojos,  
que no fuese recuerdo de la muerte».

Y de haberlo sabido entonces, me hubiera quedado, en la noche de San Juan, pegado a la ventana, por ver si de sus mazmorras salía la bella mora, de trenzas de azabache, la cual, según la leyenda, vivía allí escondida y solamente aparecía precisamente en aquella noche clara para aderezarse sus cabellos.

Después, he sabido más cosas de Valencia de don Juan, «la hidalga, noble y señorial Coyanza». La Valencia de Don Juan «de las vegas ubérrimas; la de los álamos enhiestos, como lanzas al aire; la de los blancos molinos y los valles de esmeralda; la de los soles color de pan tostado; la de los cielos inmensos y los abiertos llanos; la de los surcos infinitos y los contraluces cortantes; la de los campos de trigos áureos», como cantara un destacado escritor y jurisperito coyantino.

Valencia de Don Juan, o Valencia de Campos, o simplemente Coyanza: con su castillo y la torre de Santa María; peto y espaldar de los reinos de León y Castilla, los dos grandes adelantados de la Reconquista, y que en estos «Campos góticos» se abrazaron con el rey Fernando III el Santo, para poner el basamento medular de la nación española, unificada más tarde por los Reyes Católicos, y que dio como consecuencia gloriosa la creación de un Nuevo Mundo.

Coyanza fue, también, sede de la Asamblea majestuosa de reyes, preladados, guerreros y magnates, reunidos el año 1050 bajo los artesonados de la iglesia de *El Salvador*. Me estoy refiriendo, como lo habréis adivinado más de uno, al célebre «Concilio de Coyanza», émulo de los más famosos todavía de Toledo y que, al decir del historiador Quadrado, fue «un faro de luz en medio de las tinieblas; monumento que, mejor todavía que los arquitectónicos, vindica a España y al siglo XI de la nota harto absoluta de barbarie»; y él solo es más que suficiente, como espléndido florón inmarcesible, para que Coyanza se vea llena de gloria y su nombre se pronuncie en tono admirativo en las aulas donde se explique la historia de la patria, o de la Iglesia, ya que con dicho Concilio se granjeó renombre universal.

Coyanza fue, igualmente, la villa leonesa donde se celebró la entrevista histórica de dos grandes reinas, doña Berenguela y doña Teresa; entrevista digna de perpetuarse en mármoles y bronce por ser, como ha dicho un escritor insigne, el hecho de más trascendencia política que registra la historia de España desde la derrota de don Rodrigo, orillas del Guadalete, hasta la expulsión de los moros nazaritas de Granada.

Coyanza —nuestra histórica villa— cuenta con hombres insignes, como *Fray Diego de Valencia*, de proyección nacional en la época de transición entre el viejo «Mester de clerecía» y la influencia italiana, a quien Fernán Sánchez de Talavera nos presenta como un gran teólogo, «muy grant letrado e grant maestro en todas las artes liberales, e otrosí era un grant físico, astrólogo e mecánico», y de quien nos dice Menéndez Pelayo que es el más célebre de los vates filosóficos y eróticos de aquella época. Hijo también de Coyanza fue *Fray Martín de Valencia*, figura señera en nuestro Siglo de Oro; pues, sin menoscabo de otras grandes lumbreras, debe ir en pos de Santo Toribio de Mogrovejo, apóstol del Perú, por su gran labor misionera en la Nueva España, y de quien pudo escribir en franciscano P. Atanasio López que «es la figura más saliente entre los misioneros católicos del siglo XVI, y a su prudencia y celo apostólico se debe el esplendor a que llegaron los misioneros franciscanos en el Nuevo Mundo».

Con elogio debemos citar al delicado poeta coyantino *César Cifuentes Castañón*, cuya infancia se deslizó a orillas del río Esla por la parte que baña, como río sagrado, la región de los monasterios leoneses del Cister.

Y no quisiera olvidarme aquí del P. *Eduardo González Pastrana*, eminente músico y experto musicólogo, el cual se adelantó a nuestros tiempos en sus arreglos musicales, en lo que a dirección de orquesta se refiere y en lo mejor que hizo, a saber: canciones, inspiradas y bellísimas, de la región leonesa.

Sería un olvido imperdonable, por mi parte, el no traer a la memoria el nombre del benemérito sacerdote, hijo ilustre de Valencia de Don Juan, don *Teófilo García Fernández*, capellán castrense ejemplar, historiador de la villa que le vio nacer.

Alguien ha llamado a esta villa «la Perla del Esla». Puede que haya algo de hipérbole en la expresión. Pero yo no puedo pasar por alto, en este breve recuento de sus hijos preclaros, los que, a su vez, pertenecieron a la Orden de San Agustín. Son ellos el P. *Sotero Redondo*, vicario apostólico de la misión agustiniana de San León del Amazonas, en Iquitos (Perú), y que había nacido, aquí, en Valencia, el 9 de septiembre del año 1868. Aquí, en su villa natal, y en este colegio, cursó los primeros estudios. Llamado a la vida religiosa, profesó en el convento de PP. Agustinos-Filipinos, de Valladolid, el 12 de diciembre de 1884. Estudió filosofía en el mismo y Real Colegio, bajo la direc-

ción del P. Tomás Cámara, esclarecido varón, hijo ilustre de la Orden agustiana, obispo más tarde de Salamanca. Pasó, años después, al monasterio de Santa María de La Vid (Burgos), donde con gran aprovechamiento cursó teología, la cual terminaría en El Escorial el año 1891, año en que fue ordenado de sacerdote.

Misionero en Filipinas, el P. Sotero sufrió la persecución del «Catipunan» y los embates de la revolución que terminó con nuestras colonias. Salvado milagrosamente y pasado el «desastre del 98», se consagró a la educación de la juventud filipina en el nuevo colegio que fue inaugurado en Ilo-Ilo el año 1904. A su regreso a la patria, en la primavera de 1914, le sorprendió el nombramiento de vicario apostólico de San León del Amazonas.

Obispo ejemplar y celoso cumplidor de sus deberes pastorales, perseguido por la masonería de Iquitos, murió en el Señor el 24 de febrero del año 1935.

Otro hijo ilustre de esta villa, hijo preclaro, a la vez, de la Provincia de Castilla —como lo fuera el citado arriba P. González Pastrana— fue el *P. Gilberto Blanco*, nacido el 4 de febrero de 1872. Los libros de bautismos nos dicen que fue bautizado en la iglesia de Santa Marina, la cual hacía entonces las funciones de parroquia. Profesó de agustino en el convento de Calella, que había recibido, pocos años atrás, la recién restaurada Provincia de Castilla, el día 5 de marzo del año 1888. Se ordenó de sacerdote el 1 de enero de 1896. Es posible que ya no quede ninguno; pero cuando yo estudiaba en este colegio de Valencia de Don Juan, en los años de la postguerra española, todavía vivían algunos ancianos que recordaban la fiesta que organizó esta villa en su primera misa solemne.

Profesor eminente en los colegios de Calahorra, Huelva, León y de la misma Coyanza; cronista de la Provincia de Castilla; rector de las comunidades citadas en distintos trienios; su fama se la ganó, no obstante, como escritor y poeta de inspiración religiosa y mariana. Esta mañana nos sonaba a gloria el «Himno a Nuestra Señora del Castillo Viejo», con música del maestro Rodrigo de Santiago, y letra, precisamente, de nuestro insigne poeta coyantino:

«¡Gloria a ti, Patrona de Coyanza;  
dulce Madre de este pueblo de honor!  
Virgen del Castillo, en tu alabanza  
tus hijos te cantan con amor».

Y qué acertada su inspiración, cuando pensaba en el rico plantel de jóvenes que han estudiado a su sombra y amparo:

«En los rayos de luz de tus ojos  
busca el joven el sol de la ciencia;

y en tus labios de mística esencia  
busca el niño palabras de miel».

El P. Gilberto Blanco murió en León el día 3 de abril de 1938.

En este repaso histórico y de honor debo citar también a un religioso agustino que yo conocí, cuando niño, precisamente aquí, en Valencia de Don Juan, donde él había nacido el 6 de julio de 1887. Le recuerdo encaramado en el púlpito de la parroquia y haciendo gala de sus magníficas dotes de orador sagrado. Me refiero al *P. Luciano Miguélez*. En este mismo colegio estudió latín y humanidades con singular brillantez. En Valladolid profesó de agustino el 27 de octubre de 1903. Sus estudios eclesiásticos los terminó en Roma el año 1910, después de haberse ordenado de sacerdote un año antes en la misma Ciudad Eterna.

Profesor de filosofía en La Vid y de teología en Valladolid, regente de estudios, maestro en sagrada teología, profesor en el colegio Internacional de Santa Mónica de Roma, murió en la residencia agustiniana de Bilbao el 30 de septiembre de 1941, dejando en pos de sí una triple aureola de escritor, predicador notable y maestro ejemplar.

Finalmente, no puedo omitir el nombre del *P. Benigno Mallo*, agustino de la Provincia de Filipinas, hijo de este noble pueblo de Cozanza, recientemente fallecido en el Perú, en la ciudad de Lima, donde desplegó una actividad pastoral que recuerdan hoy todos los púlpitos limeños.

Famoso como predicador de las Cuaresmas; «el pico de oro», como era conocido en la ciudad de Pizarro. Antes de marchar al Perú, ejerció la enseñanza en los colegios de Las Arenas y de Zaragoza.

### 3. *En Cozanza, un colegio agustiniano*

De disponer de más tiempo —espero no traspasar los límites que, generosamente, me han concedido—, me remontaría a los días aciagos del ministro de Hacienda, Francisco Álvarez de Mendizábal; el ministro, como sabéis muchos, de la Regencia de Doña María Cristina y durante la minoría de edad de la reina Isabel II; el tristemente célebre ministro Mendizábal, por sus famosas leyes de «desamortización», aquel «inmenso latrocinio», en expresión de don Marcelino Menéndez Pelayo, y con el que, sin conseguir subsanar la Hacienda, que es lo que pretendía, deshizo las Órdenes religiosas en España, ya que quedaron solamente los convento de Monteagudo (Navarra), de los Recoletos de San Agustín, el de Ocaña (Toledo), de los dominicos y el Real Colegio de PP. Agustinos-Filipinos, de Valladolid.

La Provincia agustiniana de Castilla, cuna de tantos sabios y santos, impulsora de la acción evangelizadora del Nuevo Mundo, con aquellos «doce varones apostólicos» que, en temprana hora, enviara Santo Tomás de Villanueva a la Nueva España, había quedado deshecha y sus miembros más egregios pasados al clero secular, o esperando la ocasión propicia de volver, una vez que fuera restaurada.

Pasaron los años y la restauración fue un hecho, con ayuda de la citada Provincia misionera del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, que aportó hombres de prestigio y dinero, con los que pudo comenzar a caminar por sí sola. El primer convento por donde comenzó la restauración fue el antiguo de Capuchinos de Calella, provincia de Barcelona.

La Provincia de Castilla pensó enseguida en hacer acto de presencia en los viejos reinos de Castilla y de León, planteles de vocaciones religiosas y sacerdotales en todo tiempo. Para el primer paso y primera casa, se fijaron en la antigua Coyanza que ya, de tiempo atrás, fue apetecida por reyes y magnates como centro estratégico de proyección hacia los vastos campos castellanos y las fértiles tierras leonesas, a orillas del Esla.

Sin duda que, al tiempo de instalarse en esta histórica villa, su proyección y propósito iba más lejos todavía, con esperanzas de futuro. Como si, al hacerlo de este modo, hubieran tenido en cuenta aquella bella estrofa del poeta Fray Luis de León:

«Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto;  
que, con la primavera,  
de bella flor cubierto,  
ya muestra en esperanza el fruto cierto».

La Provincia agustiniana de Castilla deseaba fundar en Valencia de Don Juan. Aquí, dentro del reino leonés, porque de Salamanca a la ciudad de Ordoño II, pasando por Ponferrada, había dejado muy alto el pabellón con sus numerosos conventos, víctima todos ellos de la citada y «tristemente célebre desamortización» del año 1836.

Yo he leído en el libro que escribiera sobre Coyanza el mencionado don Teófilo García Fernández que, en el último tercio del siglo XIX, se abrió un nuevo centro docente de primera y segunda enseñanza: el colegio de PP. Agustinos de la Provincia de Castilla, el cual fundado el año 1883 por el P. Tomás Cámara, con sus infatigables colaboradores PP. Marcelino Aróstegui y José Valentín de Alústiza, y abierto a la docencia en 1885, adquirió muy pronto verdadero renombre, que traspasó los límites de la provincia de León, para nutrir sus aulas con un crecido número de alumnos, procedentes de la buena sociedad asturiana.

Y era verdad; si bien, algunos datos históricos pueden ser levemente modificados. Los agustinos, en un principio, consultaron previamente con los dominicos la posible vuelta de éstos a la villa coyantina. Ante la negativa, y los escasos deseos que tenían de recuperar su antigua iglesia y lo que quedaba del convento expropiado, empezaron su tramitación que dio, al fin, felices resultados.

De este modo, comenzaba para la gloriosa e histórica Provincia agustiniana de Castilla una nueva singladura docente y apostólica en Valencia de Don Juan, donde, según nos cuentan las viejas crónicas, ya desde el siglo XIV, había existido una comunidad de PP. dominicos.

Así, el día 2 de noviembre de 1881 el señor obispo de Oviedo, a cuya diócesis pertenecía entonces la villa leonesa, cedía a los PP. Agustinos la iglesia del convento, en la que se venera hoy la bella imagen, del más puro estilo gótico, de Nuestra Señora del Castillo Viejo, patrona de la villa. Esta imagen había tenido su templo propio, muy cerca de donde nos encontramos, en la plaza de su nombre; templo que desapareció en un voraz incendio el año 1842, justamente cuando fue trasladada a la iglesia del antiguo convento dominicano.

Y comenzaron las obras de restauración. De la antigua construcción, aparte la iglesia que se conservaba en buen estado, quedó empotrada a uno de los pabellones, como dándole protección, sombra y cobijo, la esbelta torre mudéjar, construida ya en el siglo XVI.

Quedó, asimismo, la huella heráldica de los cinco escudos de armas, labrados en piedra, de los distintos condes de la Valencia señorial. Estos escudos pertenecieron a la iglesia de Santa María. Hoy podemos contemplarlos incrustados en las paredes del jardín interior.

Un ilustre terciario de la Orden de San Agustín, don Benito Sanz y Forés, arzobispo de Valladolid, bendijo y colocó la primera piedra el día 1 de febrero del año 1883. Aquel día la voz cálida y elocuente del P. Tomás Cámara, principal impulsor de esta obra, resaltó la importancia y trascendencia de aquel solemne acto. Junto a él, el citado P. José Valentín de Alústiza, alma generosa y noble, primer rector del nuevo colegio.

Mucho honra al clero secular de Valencia de don Juan la persona de don Pablo González García, entonces Cura ecónomo de la parroquia de San Juan, e hijo de esta villa. De tal manera se encariñó con la obra de los PP. Agustinos, que el citado P. Cámara no tuvo inconveniente en darle carta blanca tanto para la adquisición de los terrenos, como para la dirección de las obras.

Así las cosas, el día 22 de octubre de 1884 el nuevo colegio se llenó de voces infantiles y las puertas de sus aulas se abrieron a los estudios de latín y humanidades. Ese día quedaba inaugurado oficialmente, bajo la advocación del glorioso Patriarca San José.



#### 4. *De Colegio de segunda enseñanza, a colegio apostólico*

Yo no sé si mis oyentes conocen algo del brillante historial de la Provincia misionera del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, la cual comenzó su singladura en la Iglesia el año 1565 en las islas Filipinas, «la perla de Oriente», y con el emblema y escudo del Santo Niño de Cebú. Espero que, por lo menos a los de casa, os suenen a timbre de gloria los nombres de Urdaneta, Rada, Herrera, Aguirre y Gamboa; los primeros misioneros que en la mañana del 27 de abril del año citado desembarcaron en la isla de Cebú, junto con don Miguel López de Legáspi, que comandaba la expedición, que había salido del puerto de la Navidad (México) en el mes de noviembre de 1564.

Una provincia que, además de su ingente labor a lo largo de cuatro siglos en las Filipinas, se extendió por China y Japón; y en los tiempos actuales, por toda la América del Sur, estando hoy, igualmente, presente en Tanzania y en la India, con perspectivas de estarlo en Corea del Sur y en Kenia.

Una Provincia misionera que ha tenido la suerte de ser apellidada la «Provincia Madre», ya que su destino histórico ha estado siempre familiarizado con procesos de división y erección de provincias nuevas. La última acaba de producirse en las citadas islas Filipinas, donde ha nacido la *Provincia del Santo Niño de Cebú*.

En 1881 —lo hemos dicho antes—, colaboró sustancialmente con hombres y dinero en la restauración de la Provincia de Castilla. En 1895, el Capítulo General, celebrado en el mes de diciembre, decretaba la erección de la Provincia matritense del Sagrado Corazón, más conocida hoy por la Provincia de El Escorial. La Provincia madre —la de Filipinas— aportaba a la nueva creación 125 religiosos magníficamente preparados para la enseñanza y todo lo que significaba El Escorial, el Colegio de Alfonso XII, la Universidad de María Cristina, junto con la residencia e iglesia de Palma de Mallorca.

En 1926, un nuevo Capítulo General erigía la nueva Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de España. La aportación esta vez de la Provincia madre fue de 252 religiosos, las circunscripciones del Brasil y Argentina, más todas las casas de España, a excepción de los colegios de Valladolid y de Valencia de Don Juan.

Pues bien, la pequeña y gran historia de este último colegio está íntimamente relacionada con la Provincia apostólica y misionera. De tal modo, que, después de haber pertenecido a la de Castilla hasta el año 1917, con esta fecha pasó a ser lo que es hoy: Colegio apostólico, o seminario menor, con proyección vocacional agustiniana.

Hay que reconocer en voz alta —y yo lo hago— que, en los 33 años en que estuvo bajo la dirección de los agustinos de Castilla, este colegio fue un

centro de bachillerato, centro de enseñanza media, como se decía por aquellas calendas, ejemplar de promoción cultural para toda esta región, ya que la mayoría de los jóvenes de aquella época iniciaron aquí sus estudios, para culminarlos más tarde en distintas Universidades de España.

Fue aquella una etapa brillante y de gran prestigio para la villa de Valencia de Don Juan, pues la mayor parte de los hijos del pueblo que ocuparon más tarde puestos relevantes, dentro y fuera del mismo, durante la primera mitad del presente siglo, fueron alumnos de los PP. Agustinos. Hasta el punto de que el ayuntamiento de Valencia de Don Juan, agradecido a esta meritoria labor docente, en sesión celebrada el día 16 de diciembre de 1893, decidió concederle una subvención anual de dos mil pesetas.

##### *5. Labor vocacional, cultural y apostólica del colegio*

Y llegamos al final de nuestra charla en esta efemérides gloriosa y de feliz recuerdo en el primer Centenario de este colegio apostólico. Al trasladar los PP. Agustinos de Castilla el colegio de Valencia de Don Juan a la ciudad de León, fusionándolo con el recién inaugurado en la capital del reino, la Provincia de Filipinas decidió establecerse en él, consciente de que la región castellano-leonesa ha sido siempre fructífera en vocaciones sacerdotales y religiosas.

Atrás quedaban las famosas «Preceptorías» rurales y sus no menos famosos «domines» —¿quién no ha oído hablar del célebre «domine» de Barriosuso de Valdavia?—, gracias a las cuales los noviciados de Castilla y de León podían contar con futuros profesos, más tarde sacerdotes y misioneros en ultramar.

El P. Bernardo Martínez, Provincial en 1917, de la Provincia de Filipinas, después, esclarecido y celoso obispo de Almería, dejó bien clara la fundación: «En nuestro deseo de asegurar el porvenir de la Preceptoría y consiguientemente el desarrollo de nuestro Noviciado —dijo— vistas las deficiencias de algunos alumnos procedentes de Preceptorías particulares..., y para que en la Provincia haya, con el tiempo, religiosos pertenecientes a las diversas regiones de España, por las presentes y autoridad de nuestro oficio disponemos»... Y a continuación, establecía las bases y fines del nuevo colegio apostólico.

Desde entonces, este seminario menor agustiniano ha sido algo así como el hijo predilecto de la Provincia; como la niña de sus ojos; consciente de que el futuro dependía mucho de su funcionamiento y actividad.

No quiero que se me quede en el tintero lo que otro superior mayor, en este caso el P. Benigno Díaz, dijo al concluir su visita en este rico plantel el año

1919: «Exhortamos a todos en el Señor y les rogamos encarecidamente que, en la meritísima obra de formar y educar jóvenes aptos para vestir nuestra gloriosa librea y ser algún día útiles y laboriosos obreros en la Viña del Señor, tengan muy presente que gran parte del fruto, si no ya todo, depende más que de la palabra con que se les instruye, del ejemplo con que se les edifique; y mal podrá edificarlos quien descuidare la propia y constante edificación de sí mismo».

Todo lo demás, lo mucho que nos queda por decir, es historia de hoy. Historia y vida actual; enseñanza de un presente y reflexión para el futuro. Es fragua y yunque; molino y harina; lagar y uva generosa; horno y pan caliente; es aceite y alquitara. Es algo que hemos vivido muchos de los que nos encontramos aquí celebrando esta efemérides gloriosa. Es aquella primera etapa que iría del año citado —1917—, al año 1942; justamente, el año en que el que os habla acababa de marchar desde Valencia de Don Juan a Valladolid para estudiar filosofía y teología, y en el medio de los dos campos del saber eclesiástico, el noviciado. Es la etapa de los tres cursos de latín y humanidades, como preparación elemental para ingresar definitivamente en la Orden.

En la segunda etapa, que va de 1942 al 1960, fueron ya cuatro los cursos de latín y humanidades que se impartieron aquí, en este colegio, pasando después los aspirantes a la vida religiosa no directamente al noviciado, sino al estudio de las ciencias y de la filosofía.

Desde el año 1960 al 1971 —tercera etapa de esta singladura—, el centro se convirtió en colegio de bachillerato elemental reconocido. Para ello, hubo que levantar un nuevo pabellón, instalar un gabinete de ciencias naturales y adquirir los primeros proyectores y material necesario para los nuevos métodos audiovisuales que comenzaron a entrar en la enseñanza, enriqueciéndose, igualmente, la biblioteca con libros de consulta, diccionarios y enciclopedias que exigía la nueva marcha del colegio.

Tal vez en esta etapa haya que destacar un nombre, que compendie los trabajos de todos sus colaboradores: el del P. Nicolás Alonso, verdadero mentor de estas transformaciones y que tuvo buen cuidado de dotar al colegio apostólico de un claustro de profesores competente y, a la vez, con titulación oficial.

A partir del año 1971, el nuevo plan de estudios de Educación General Básica obligó a los superiores del centro a convertirlo en un colegio de seis unidades, con capacidad para 240 alumnos, o puestos escolares.

Finalmente, desde el 1980, residen en el mismo los seminaristas de B.U.P., los cuales cursan sus estudios en el Instituto de la ciudad.

Mas no acaba aquí la historia de nuestro seminario menor. Unamuno nos habla de la «la intrahistoria»; de lo que no aparece en los libros, de lo que está

oculto y que, sin embargo, constituye la verdadera historia de los pueblos y de las sociedades. Algo de esto ocurre en la vida del colegio de PP. Agustinos de Valencia de Don Juan. Muchas cosas que no se dicen y que, no obstante, ocurrieron. Los protagonistas lo saben y también lo sabe Dios, que se lo habrá premiado ya, o se lo premiará «en lo escondido».

Finalmente, y en una proyección exterior, habría que hablar de los 4.360 niños que han pasado por este colegio; de los cuales 504 han llegado a profesar como agustinos. Bien podemos decir, en este sentido, que, por lo menos hasta el día de hoy —el futuro sólo Dios lo sabe— la casi totalidad de los miembros con que cuenta actualmente la Provincia de Filipinas ha pasado por Valencia de Don Juan.

Como habría que hablar de su proyección pastoral en torno a la imagen y a la iglesia de Nuestra Señora del Castillo Viejo. Ella, la Señora de la dulce sonrisa y mirada misteriosa, sabe del entusiasmo que han puesto siempre los PP. Agustinos de esta comunidad y del celo desplegado por llevarla hasta el corazón de los piadosos coyantinos por medio de la *Archicofradía de la Consolación*, fundada el año 1903; por medio de los *Talleres de Santa Rita*, obra en principio de doña Rosario Alonso Sáez de Miera; por medio, igualmente, de la *Tercera Orden de San Agustín*, en la que han profesado más de 80 hermanos y hermanas.

Enumeremos, por fin, los movimientos apostólicos de la *Adoración Nocturna*, *Cursillos de Cristiandad*, *Marías de los sagrarios* y *Encuentros matrimoniales*, obras todas ellas que, sin estar ligadas oficialmente a la iglesia de los agustinos, están dirigidas por ellos, o prestan una ayuda eficaz y desinteresada a las mismas y a la parroquia.

Termino ya, mis amigos. Os pido perdón si os he cansado un poco relatando hechos y obras apostólicas que, quizá, a algunos no os digan nada, por aquello de que los tiempos han cambiado. Sin embargo, a los que piensen de este modo, yo les diría, con las palabras de un famoso presidente de la Primera República Española, don Emilio Castelar: «Los pueblos que olvidan la historia de sus antepasados, decaen miserablemente porque pierden, con la gratitud, la memoria; y con la memoria, la ciencia y el valimiento». Y a todos os digo, con el inmortal Miguel de Cervantes: «La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera; y donde está la verdad, está Dios en cuanto a la verdad».

Dios ha estado siempre con este colegio, que acaba de celebrar su primer centenario de vida, porque ha sido siempre verdad, ha enseñado la verdad y ha hecho muchas cosas buenas, en su triple aspecto: docente, social y misionero. Que el Señor siga con él y con sus bondadosos y activos moradores.

Muchas gracias.